EL ULTIMO VIAJE DEL PADRE JESUS (1992)*

Mac Chapin

A las 11 de la noche del 10 de junio de 1990, cesó de latir el corazón del padre Jesús Erice quien murió tranquilamente en cama en la ciudad portuaria de Colón. Ello marcó el fin de su vida plena y vigorosa, una que lo había llevado de su nativa provincia vasca de Navarra en el norte de España, donde había nacido en 1911, hasta la costa Caribe de Panamá, donde pasó los últimos 50 años de su vida como misionero claretiano. Había vivido la mayor parte de su tiempo en Panamá entre los indios Kuna de la región de San Blas, un tramo relativamente aislado de costa caracterizado por numerosos arrecifes de coral y pequeñas islas, estuarios cubiertos de manglares, y densos bosques tropicales en tierra firme que se extienden hacia el este desde la Bahía de Mandinga hasta la frontera con Colombia.

Desde 1978, Jesús había estado estacionado en Colón por su debilitado corazón, el cual, lentamente, se fue agotando como una máquina vieja pero bien hecha que simplemente había sido duramente usada por muchos años. Durante su estadía en Colón, completó dos libros clásicos, un diccionario y una gramática de la lengua Kuna; y en su semi-retiro mucho de su tiempo libre lo pasaba afuera, en las calles de la ciudad, conversando con miembros de la extensa colonia de residentes Kunas, extrayendo de ellos cuentos e historias de la gente que había dejado atrás en San Blas. Los otros sacerdotes notaban que a pesar de su deteriorada salud, especialmente al final,

*Tomado de: **Encounters 1992.** Traducción de Stanley Heckadon Moreno, Francisco Herrera.

siempre estaba de buenos ánimos. Parecía estar en paz consigo mismo y el mundo que lo rodeaba. Pero ahora había llegado a su fin o casi el fin, pues su odisea no estaba aún concluida. Quedaba aún el asunto del último viaje del alma del Padre Jesús a través de los ocho niveles del cosmos hasta el Dominio del Gran Padre.

Los Kunas y los Misioneros Católicos.

En 1501, cuando por primera vez los españoles avistaron la costa Caribe de lo que hoy día es la región oriental de Panamá, los Kunas vivían en pequeñas aldeas dispersas a lo largo de los cursos principales del istmo que desembocan en el Océano Pacífico. Pronto los invasores tomaron control de la vertiente del Pacífico, establecieron la ciudad de Panamá como punto de trasbordo de las riquezas de Sur América, y los indios que lograron sobrevivir a las sucesivas olas de epidemias y conflictos armados se refugiaron en los densos bosques de la cordillera ubicada al norte. Durante los próximos trescientos años, gradualmente muchos de ellos se encaminaron por entre los pasos de la montaña y los pie de montes y se establecieron en la llanura costera del Caribe. A mediados del siglo diecinueve, el grueso de los Kuna habían salido a la costa y comenzaron a establecer aldea tras aldea, en las pequeñas islitas de la región ahora conocida como San Blas. Durante este tramo de historia, los Kuna sostuvieron periódicamente encuentros con los españoles (generalmente como fuerzas hostiles de lucha), con los franceses, y los ingleses (tanto como comerciantes amistosos o como piratas), y final del siglo diecisiete fueron hasta anfitriones a una colonia comercial escocesa de poca duración. Nunca más fueron conquistados o subyugados en cualquier forma por ningún extraño. Los misioneros católicos llegaron y se fueron, dejando poco detrás,

salvo algunas historias fragmentarias de la biblia que los kuna, en forma característica, transformaron e incorporaron al cuerpo de sus tradiciones orales.

En 1907, apenas cuatro años después que Panamá se convirtió en una nación independiente, apareció en la región la primera misión religiosa de este siglo en la forma del Padre Leonardo Gassó, un cura jesuita de España. Gassó era un hombre muy determinado, un misionero fanático que consideraba la religión tradicional kuna como un "culto satánico" y consistentemente amenazaba a los Kuna con terremotos y epidemias divinas de persistir ellos en sus costumbres paganas (Gassó les llamaba "gentiles"). No le permitieron realizar su prédica más allá de un pequeño radio de aldeas receptivas y aún la relación que sostuvo con las que le admitieron fue tormentosa. Su campaña de reestructurar la sociedad kuna al modelo de las primeras reducciones jesuitas fue un singular fracaso. También toparon fuerte resistencia sus intentos de crear una jerarquía vertical entre los egalitarios kuna -el quería, por ejemplo, que los indígenas inclinaran sus sombreros ante los caciques. Finalmente, desanimado y enfermo, Gassó dejó la región en 1912 y su misión apenas se sostuvo un año más. Durante el siguiente período la presencia católica fue a lo sumo esporádica hasta 1928, cuando las hermanas franciscanas y los sacerdotes claretianos regresaron con una iniciativa bien cimentada que ha continuado hasta el presente. Lo significativo del temprano esfuerzo de Gassó fue que los kuna se mantuvieron firmes y rehusaron someterse a las exigencias de una autoridad extraña, la cual ellos consideraban tanto poco razonable como fuera de lugar. Uno de los curas que quedó luego de la partida de Gassó, el padre Benito Pérez, resumió la frustración católica cuando escribió sobre la "proverbial soberbia" Kuna, y el "profundo desprecio

(tan increíble como ello parezca) con que ven a los huacas (los no indios)..." La misma fuerza de caracter y sentido de auto estima persiste entre los kuna de hoy.

La llegada del Padre Jesús.

En 1940, el año que Jesús entro al mundo de los Kuna, la atmósfera intensamente aislacionista que había rodeado a Gassó se había disipado hasta cierto punto, aunque no del todo. Algunas comunidades kuna aún rechazaban de partida la influencia extranjera, pero tanto las escuelas como las misiones religiosas estaban haciendo una constante penetración. Por su parte, los católicos tenían doce años de estar en la región y habían suavizado perceptiblemente el enfoque de su trabajo misionero. Ya no amenazaban a los kuna con condenas y fuegos infernales.

Jesús era joven y energético sacerdote con agudo intelecto y una intensa curiosidad acerca de todo lo que le rodeaba. Desde el principio fue muy activo y viajaba mucho. De 1943 hasta 1945 fue el inspector escolar para San Blas, trabajo que le llevó a lo largo del territorio de los kuna hasta Colombia, a más de cien kilómetros de distancia, en cayucos equipados con velas. En 1948 Jesús trajo el primer motor de borda a San Blas, que terminó en el fondo del mar durante su primer viaje, pero pronto fue reemplazado por otro, pero esta vez fue amarrado al bote con una gruesa manila.

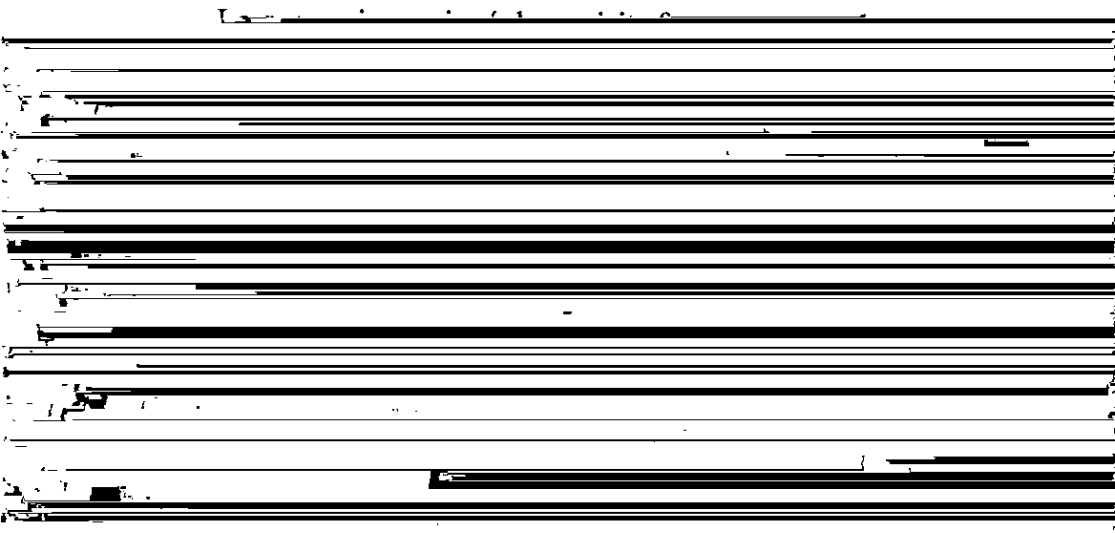
Durante sus cuatro décadas en San Blas, Jesús parecía estar siempre en movimiento. Se convirtió en una aparición frecuente en un gran número de aldeas, caminando con sus sandalias, vestido con su gastada sotana blanca, su mandíbula

apuntando hacia adelante y sus ojos determinados dejándose entrever por debajo de su sombrero colonial. Aunque teóricamente y por muchos años tuvo casa en las aldeas como Narganá, Ustupu y San Ignacio de Tupile, raras veces se quedaba en un sólo sitio mas que un par de días. Constantemente estaba viajando, visitando otras comunidades a celebrar la misa y bautizar, o encargándose de algunos proyectos, tales como la construcción de una iglesia. Durante los años de 1950 y 1960, en un período de sostenida actividad, él personalmente diseñó y construyó muchas iglesias y otros edificios en comunidades a lo largo de la costa.

Desde el inicio se lanzó obsesivamente a la tarea de aprender el lenguaje kuna. Los viejos de las islas recuerdan sonrientes la forma en que constantemente les exprimía los sesos, para descubrir la lógica gramatical tras los patrones hablados de la interacción cotidiana, preguntando: ¿cómo dices cuando este libro está en un ángulo? ¿Cuándo está derecho? Cuándo flota el aire? y así una y otra vez hasta que estaba satisfecho de haber entendido las peculiaridades de la gramática kuna o los múltiples significados de ciertas palabras. Constantemente anotaba palabras nuevas y expresiones auscultando más profundo y profundo hasta que eventualmente adquirió una maestría con el lenguaje. Se hizo tan conocedor que podía competir de igual a igual con los kuna en muchos de los elaborados trabalenguas y juegos lingüísticos que son tan importantes en la expresión verbal kuna. De hecho, fue el sentido de humor kuna, que gira en torno al despliegue verbal, que enteramente cautivó a Jesús. Jesús deseaba, ante todo, comunicarse con sus otros seres humanos. Era un gran conversador que a la vez escuchaba atentamente, pues estaba profunda y genuinamente interesado en la gente, independientemente de sus inclinaciones religiosas, su raza, o

sus afiliaciones.Recuerdo vívidamente una vez que viajé en bote con Jesús a finales de los años de 1960, y llegamos a una comunidad que él no había visitado en varios meses. Un grupito de viejos y mujeres salió a la playa cuando nos deslizamos al puerto. Preguntaban y sostuvimos un intercambio muy vivo mientras bajábamos nuestra carga; a nuestro alrededor comenzaron a aparecer más y más gente en un semi círculo.

Gradualmente nos salimos de este grupo y comenzamos a caminar por las callecitas, pasando por una cancha de básketbol en donde un puñado de jóvenes hacían encestes a la canasta. Se voltearon para vernos y los más cercanos a nosotros saludaron a Jesús, quien hizo un comentario muy chistoso, si se estaba manteniendo fuera de problemas. Saludó a uno de ellos y le preguntó si su padre estaba en el pueblo. Parecía que todos los que encontrábamos se alegraban de verlo y tenían algo que decirle. Seguimos caminando, saludando gente que ahora salían de sus casas a saludarlo o preguntarle o decirle algo que había pasado. Jesús se detuvo a conversar largamente con varios de los más viejos, moviéndose de saludos chistosos "Oye! aún estás vivo, ya veo que todavía no quieres ir al cielo..." o donde era apropiado, a preguntas más sobrias sobre la salud de un familiar, y a conversaciones más sustantivas. Nos tomó varias horas solo para llegar al centro de la aldea.



Jesús Erice Insausti C.M.F., Sacerdote Vasco quien vivió 50 años entre los kuna del Archipiélago de San Blas. **Foto: cortesía reverendo Santiago Najarro.**

Como decía de él otro claretiano "Tenía una alegría especial, una chispa especial". Era muy afectivo y fácilmente lo conmovían las cosas alegres y tristes. Lloró al ver a los primeros convertidos ordenarse de sacerdotes muchos años después. En él no habían artificios. Era completamente sincero y genuino en todo lo que decía y hacia. Los kunas, por su lado, respondían a Jesús con un sentido combinado de admiración, calor, y apertura que raramente, si acaso alguna vez, se le ha conferido a extraños.

Entre los kunas el apodo de Jesús era Nono Arrati "Cabeza Verde Azul".Dondequiera que iba este sobrenombre le seguía y siempre con una sonrisa. No es claro el origen de Nono Arrati- ni los otros sacerdotes hoy están seguros de donde vino o a que se refiere. Quizás tiene que ver con el loro, una referencia al hábito conversador de Jesús o el hecho que tenía una cabeza dura y un temperamento recio. Cual sea el significado, sin embargo, el término siempre se usaba con afecto. Pero todo esto no es para decir que Jesús en ningún sentido se convirtió en un nativo. Durante su estadía en San Blas, mantuvo su identidad como un Vasco de España y como un devoto creyente de la fe católica, y fue de principio a fin, un misionero católico. Al mismo tiempo estaba bien sintonizado con las reglas del comportamiento correcto entre los kunas, y siguió estas reglas cuidadosamente. En una ocasión cuando pasé un tiempo viajando con él, me entrenaba, firme pero gentilmente, sobre la etiqueta kuna, enseñándome con su ejemplo las formas de saludar a la gente, cuando no interrumpir, y así sucesivamente. El no sólo aprendió las reglas del comportamiento kuna, pero a través de los años se tornó completamente socializado por ellas, sin perder su personalidad en el proceso. Luego de su muerte, un viejo kuna que había sido su amigo dijo solemnemente que "era uno de nosotros". El

no dijo que Jesús fue un kuna, pues todos sabían que no lo era. Pero que sinembargo él era "uno de nosotros". De acuerdo a él, durante sus primeros años entre los kuna fue mucho más rígido y dogmático en sus creencias. Pero para el tiempo que le conocí había añejado considerablemente y no solo se había tornado no solo más tolerante pero hasta receptivo a la religión kuna. A diferencia de Gassó y algunos de los más recientes misioneros protestantes en San Blas, él nunca se sintió amenazado por las creencias de los kuna o sus prácticas rituales . De hecho frecuentemente discutía religión abiertamente con los especialistas tradicionales kuna, una costumbre que tuvo sus inicios durante los años de 1940 cuando Jesús regalaba biblias ilustradas y explicaba su contenido. A través de los años, los ancianos kuna que se sentaban en la casa del congreso para realizar reuniones informales frecuentemente lo acorralaban en la calle y le pedían que relatara episodios específicos de la biblia; luego los ancianos le hacían preguntas a Jesús, debatían sobre detalles y la lógica interna de las historias, y finalmente hacían comparaciones con sus propias tradiciones. Jesús siempre debatía intensamente en estas sesiones.

A través de los años Jesús llegó a tener algo parecido a una empatía total con los kunas, al grado que sus patrones de pensamiento, y hasta su fibra espiritual, se había fusionado con la de ellos. En el atardecer de sus años, cuando su débil corazón le ocasionaba periódicas carestías de sangre en el cerebro, solía ponerse mareado y confundido. En esos momento lo abandonaba totalmente su habilidad de hablar español, y durante este período quedaba como un monolingüe del kuna. Esto creaba confusiones, especialmente cuando sus familiares de España lo visitaban y tenían que comunicarse con él a través de un intérprete. Uno de sus cercanos colaboradores y

amigo de Jesús especulaba que esta peculiar transformación había tomado lugar un su psiquis con el correr de los años; Jesús era vasco, circunstancia que le otorgaba una cercana intimidad espiritual con los Kuna ya que ambos grupos eran minorías que residían dentro de naciones estados fuertes y frecuentemente hostiles. También notaba que la lengua materna de Jesús fue el vasco y no el español. Durante el largo período que pasó en San Blas, Jesús había sido tan completamente absorbido por la cultura Kuna que el lenguaje Kuna había, a través de algún proceso de desplazamiento psíquico, llegado a ocupar el espacio vacío dejado por el lenguaje vasco, el cual se había ido marchitando por el desuso. En esencia, el Kuna desplazó el vasco como su lengua materna, y cuando sus facultades se fueron apagando, solo permaneció el Kuna.

Muerte y Evento Subsiguientes.

Cuando finalmente la muerte alcanzó a Jesús, la voz comenzó a regarse esa misma tarde entre la gran comunidad kuna residentes en Colón y Panamá y llevada a San Blas a la mañana siguiente por los radios de onda corta y los pasajeros de los vuelos diarios a la región. Una corriente de kunas se dirigió a la ciudad tan pronto como pudieron arreglar el transporte. Algunos de los más aventureros se embarcaron en cayucos enfrentándose a las marejadas frecuentes de la costa abierta hasta Colón. Otros agarraron avionetas esa misma tarde o reservaron espacio para la siguiente mañana. Las líneas de la iglesia en ciudad de Panamá estaban saturadas por kunas que preguntaban dónde y cuándo tendría lugar el entierro. La expresión de sentimiento fue extensa y masiva.

El padre Santiago Najarro, un amigo íntimo y también otro misionero entre los kunas, había estado esperando la muerte de

Jesús durante cierto tiempo. Pero cuando repentinamente llegó el final, tomó de sorpresa al padre Najarro y quien se encontró en un dilema. Sencillamente no sabía qué hacer con el cuerpo. De un lado, sentía fuertemente que los kunas, seguramente en la forma de una de las comunidades (pues Jesús había pasado largos períodos de tiempo en varias comunidades), desearían enterrar a Jesús en San Blas. El mismo Santiago quería que las cosas fueran de esa manera, sabía también que eso habría sido el deseo de Jesús. Pero ahora estaban aquí, confrontados repentinamente con el hecho irrefutable del cadáver y la necesidad de moverse rápido, y no había habido una solicitud formal, ninguna propuesta coherente de alguna parte del mundo kuna para recibir el cuerpo.

Del otro lado, la iglesia católica había permanecido callada sobre el tema dónde y cómo se iba a enterrar a Jesús. Varios meses antes, Santiago había preguntado acerca de los arreglos funerales que la orden claretiana acostumbraba hacer y había aprendido que ellos cremaban sus difuntos y guardaban las cenizas en la cripta comunitaria. El sabía que los kunas se escandalizarían -a qué extremo y con qué consecuencias, no estaba seguro- pero seguramente que se iban a escandalizar. Y dado a que Santiago no quería lidiar con el asunto, simplemente lo archivó en la parte de atrás de su memoria y dejó que el destino se encargara.

Entonces intervino la muerte, acarreando con ella la necesidad de acción inmediata; sin embargo ningún plan se había anunciado y nadie sabía qué se iba a hacer con el cuerpo. Claro está que hubiera estado fuera de lugar que Jesús hubiera solicitado el sitio en donde se le enterraría, ante-mortem, especialmente si resultaba ser algún lugar en San Blas. Sólo los kunas podían solicitar que fuese enterrado en San Blas, pero

esto no había ocurrido porque hubiera sido inapropiado que los kunas solicitaran el cuerpo mientras Jesús aún estaba vivo. Y en el poco tiempo transcurrido desde su muerte, ningún kuna se había adelantado a reclamar el cuerpo. Los sacerdotes que creían que debía ser enterrado en San Blas no podían poner el cuerpo con la esperanza de que alguna comunidad lo agarrara. Por su parte, los kunas permanecían callados sobre el asunto porque asumían que la iglesia tenía algo planeado. Aunque no estaban en claro sobre qué podía ser, respetaban el derecho de la iglesia de enterrar los suyos a su manera. Durante las primeras veinticuatro horas hubo mucha confusión ya que tanto los kunas y los católicos muy comprensiblemente evitaban una discusión abierta del delicado asunto sobre la muerte y los últimos ritos.

Por consiguiente, en este punto en el correr de los eventos, Santiago no estaba seguro que iba a pasar así que decidió ganar más tiempo demorando el entierro por varios días. Externamente sostenía que era para darle tiempo a los familiares de Jesús en España la oportunidad de reunirse y viajar a Panamá. A lo interno, sin embargo, quería dar un poquito más de tiempo a los kunas para que llegaran a una decisión colectiva e hicieran una solicitud coherente. No sabía si esto sucedería, pero deseaba darle la oportunidad que ocurriese.

Durante el curso del primer día después de la muerte, dos mujeres de San Ignacio de Tupile, una comunidad isleña donde Jesús había vivido por varios años, radiaron a ciudad de Panamá el mensaje que llegarían en un vuelo y que querían visitar a Santiago en su casa y que de ser posible permanecer esa noche. Verónica Félix y Rosilda Martínez eran ambas muy unidas a la iglesia. Rosilda, de treinta y ocho años, también era Nele, una shaman tradicional. Cuando llegaron, hicieron

algunas preguntas básicas acerca de la enfermedad final y cómo se iba a realizar el funeral. Fueron muy reservadas y dijeron poco. Mientras conversaban, sonó el teléfono que Santiago contestó. "Entiendo que ustedes van a quemar a Jesús" dijo bruscamente el que llamaba, "de ninguna forma puede permitirse eso!" Santiago, quien aún no había podido lidiar con la política de cremación de los claretianos, respondió vagamente que a Jesús lo iban a "incinerar", como si ello fuera una alternativa menos desagradable. Colgó el teléfono y a los pocos minutos llamó a una mujer. Fue más delicada que el de la primera llamada pero no menos enfática que a Jesús no podían "quemarlo". Luego comenzaron a entrar más llamadas, muchas con la misma pregunta. Santiago estaba muy incómodo.

Los kunas entierran sus muertos en el suelo generalmente colgados en una hamaca en un hueco abierto que primero se cubre con tablas y luego con un túmulo de tierra. Más recientemente los caciques y otras figuras importantes han sido enterrados en ataúdes dentro de tumbas de cemento. Sin embargo el punto importante para los kunas, es que a través de los niveles del cosmos hasta el lugar de descanso final en el dominio del Gran Padre. La cremación simplemente no era aceptable para sus muertos y, como había predecido Santiago, no aceptarían la cremación de Jesús. Mas, aún estaba incierto sobre cómo manejar las cosas en este punto.

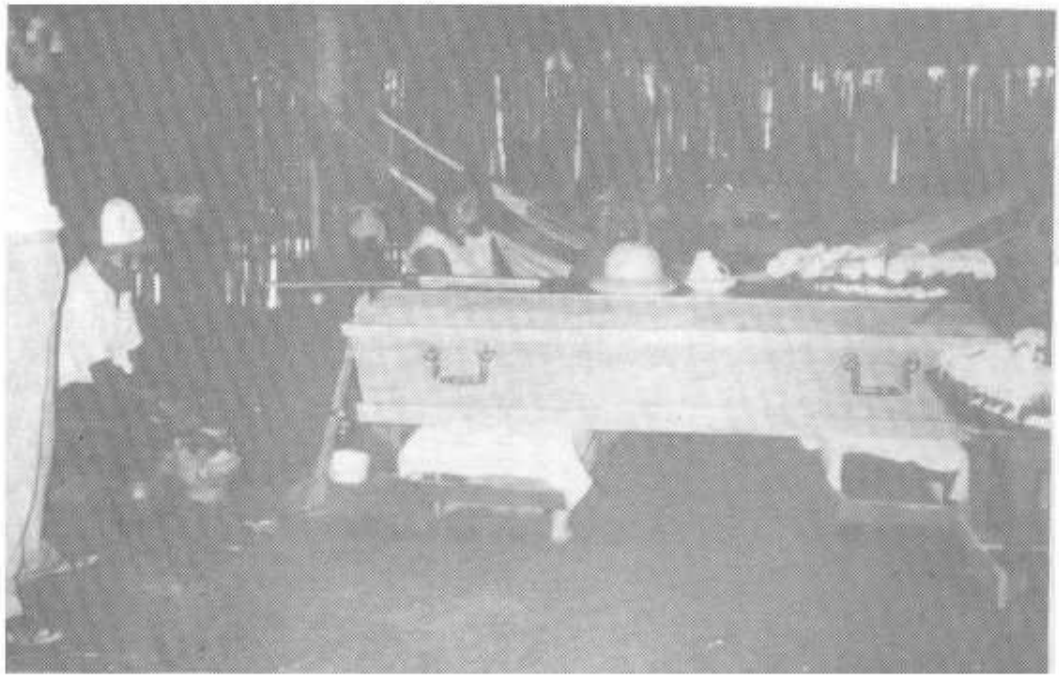
Sin que transcurriera mucho tiempo, Verónica y Rosilda se enteraron del rumbo de las cosas y confrontaron a Santiago directamente. Era verdad, preguntaron, que iban a quemar a Jesús? En ese punto los sacerdotes se reunieron y rápidamente decidieron que no podían "quemar" el cuerpo de Jesús y depositar sus cenizas en la cripta designada. Sino que lo enterrarían en el cementerio de la ciudad. Santiago se subió a

su carro, apesadumbrado y confundido con sus pensamientos, y mientras se dirigía a hacer los arreglos para el entierro. Repentinamente le impactó lo absurdo de lo que estaba haciendo. "Porqué enterrar al padre Jesús en una tumba fría y anónima", -se preguntaba asimismo, "cuando hay tanta gente que lo quiere y desea sentirlo cerca, en su tierra?" Dio vuelta al carro y se dirigió a casa. Al llegar, Santiago manifestó sus pensamientos a Verónica y Rosilda, quienes le dijeron "Hemos callado mucho tiempo". Dijeron que hasta ahora habían fallado en llevar a cabo su misión, pero ahora tenían que hablar. La comunidad de Tupile había discutido el asunto la noche anterior en la casa del Congreso. Habían votado abrumadoramente, dijeron, "para recibir a Jesús y enterrarlo en nuestro territorio". Todo estaba listo. Todo lo que se necesitaba era la aprobación de la iglesia católica.

Eso era precisamente el mensaje que Santiago había estado esperando. Después de confirmar por radio con la comunidad kuna, reservó un avión para la siguiente mañana. Entonces se hicieron los preparativos para llevar los restos mortales de Jesús a San Blas.

El arribo a San Blas.

Cerca de las 10 de la siguiente mañana, el féretro fue embarcado en el avión y la pequeña comitiva de dos sacerdotes claretianos, Santiago y Félix, el hermano Fidelio Arias, un kuna que había cuidado a Jesús durante su enfermedad, la hermana Rosa María, una franciscana que había vivido años entre los kunas, y Verónica y Rosilda, despegaron en la avioneta de la pista del aeropuerto de Paitilla, y se dirigió hacia la isla de San Ignacio de Tupile.



Antonio Morales, sentado a la izquierda, ejecuta el canto mortuorio kuna de Masar Igar ante el féretro del Padre Jesús. El canto llama al espíritu de la Caña Blanca para que conduzca el alma a través de los ocho niveles del cosmos hasta el dominio del gran padre. **Foto: cortesía del Padre Santiago Najarro.**

Aproximadamente tres cuartos de hora más tarde, la avioneta cruzó la gruesa cubierta del bosque de tierra firme y voló sobre azules arrecifes poco profundos, para volver hacia la pista de la isla, a poca distancia de la comunidad. Una fuerte lluvia huracanada, azotó justo cuando la avioneta había recorrido hasta pararse y el grupo se refugió en el pequeño edificio de la pista, que estaba lleno de la gente de la comunidad. Después de un prolongado período de sollozos y lamentos, cantaron canciones religiosas y esperaron que amainara la tormenta.

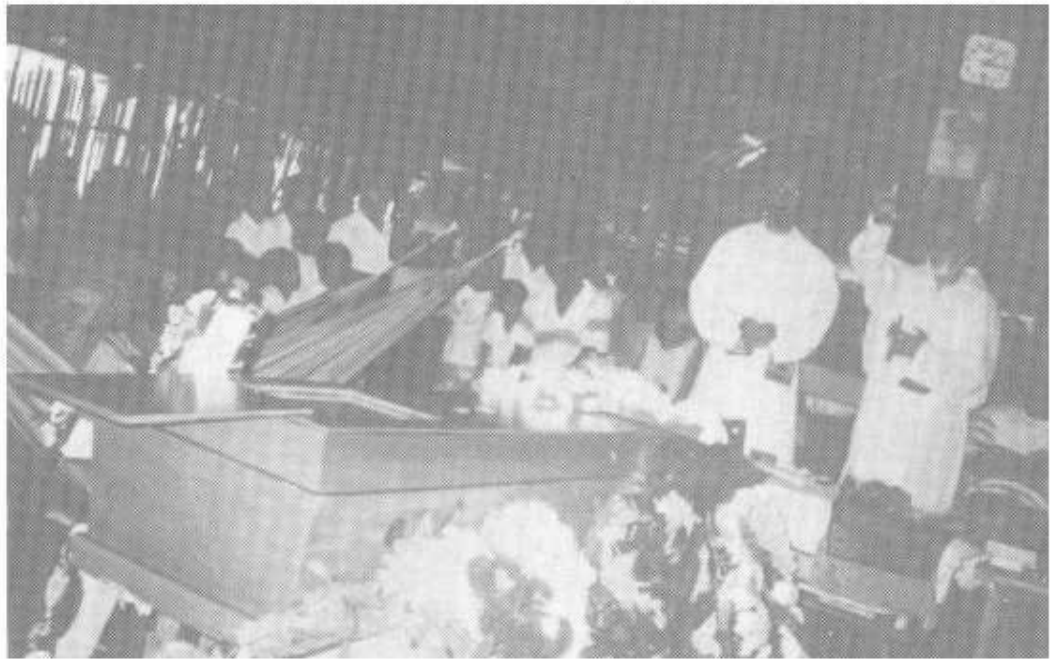
El brillante sol del Caribe reapareció y varios botes llegaron para escoltar el féretro a través del canal hacia el muelle del pueblo, donde la gente hizo una calle de honor para guiar a Jesús hacia la casa del Congreso. El féretro fue colocado en el centro de la casa del Congreso y los viejos de Tupile dieron un paso adelante para enfrentarse a Santiago y Félix.

Con voz firme y con característica franqueza, el primer intérprete del pueblo, Carlos López, se dirigió a los dos sacerdotes: "Queremos saber si los padres católicos están dispuestos a entregar el cuerpo de Jesús al pueblo de Tupile".Santiago contestó en kuna: "En nombre de todos los sacerdotes católicos, hemos venido para entregar el cuerpo del padre Jesús al pueblo de Tupile". Carlos López contestó: "lo aceptamos. El está en nuestras manos; él nos pertenece. Ahora es nuestra tarea realizar la ceremonia más solemne que tenemos para nuestros muertos".

Los arreglos rituales empezaron, y Antonio Morales, el más hábil cantor de esta ceremonia se adelantó para cantar el MASAR IGAR, el camino de la Caña Blanca. Esta es la única vez en la historia conocida que los kunas han dado tal honor

a un no-kuna. El MASAR IGAR llama al espíritu de la Caña Blanca para que acompañe al alma del difunto en su último viaje, desde la casa del Congreso a través de los 8 niveles del cosmos hasta los dominios del Gran Padre. En esencia, el canto se convierte en un drama vívido, tan pronto brotan las palabras de los labios del cantor. Los eventos que él describe desenvuelve al mismo tiempo el mundo del espíritu. El canto organiza el curso de los eventos y los impulsa hacia adelante, protegiendo al alma de los peligros -debe cruzar lagos de sangre, atravesar campos de hormigas con patas largas- y pastorearlo seguro hasta los brazos del gran Padre. Sin la ejecución del Masar Igar, el Alma puede perderse, sin dirección, incapaz de moverse hacia adelante o hacia atrás.

Jesús yacía serenamente en el féretro dentro del cual se podía ver a través de su ventana de vidrio en el frío centro de la Casa Congreso. Su conocido sombrero de explorador estaba sobre el féretro, mientras que hacia la cabecera habían colocado objetos rituales tradicionales, algunas flechas hechas con el cogollo de las flores de la caña blanca y collares de cuentas. Los habitantes de la comunidad, principalmente mujeres, lo rodearon en silencio. Los sacerdotes y sus acompañantes se sentaron sobre una banca de madera cerca de Jesús. Antonio empezó el MASAR IGAR con un resumen de la vida de Jesús en un tono especial, su enfermedad terminal y su muerte. Luego empezó directamente a preparar el viaje del alma, describiendo el dolor de los kuna cuando tomaron el cuerpo al cementerio que vivía con los espíritus de los animales y seres humanos muertos que caminaban cerca de un lecho de flores de oro y plata de las que emanaban ricas fragancias. Las flores cantan, el aire estaba lleno de una suave luz. Era un hermoso y alegre lugar, con mujeres barriendo el piso y riendo.

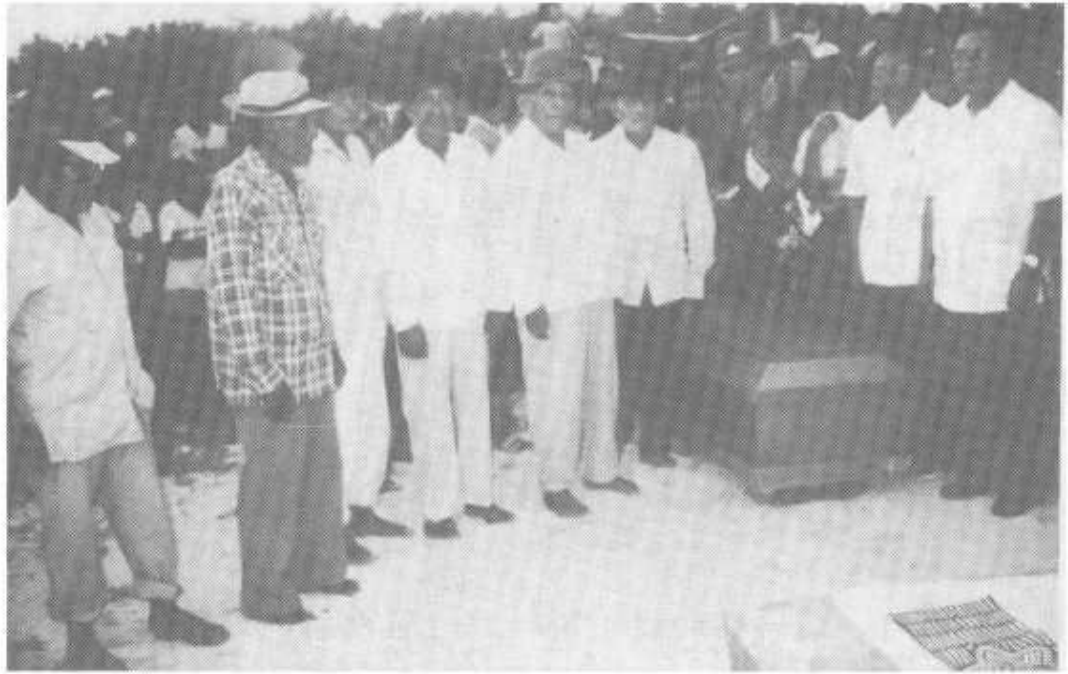


Terminada la ceremonia del Masar Igar los sacerdotes Claretianos Santiago y Félix celebran la Eucaristía sobre el ataúd del Padre Jesús. **Foto: Reverendo Santiago Najarro.**

El espíritu de la Caña Blanca tomó el alma de Jesús en una canoa y ambos palanquearon a lo largo de un ancho río, cuyas plácidas corrientes salieron por un estrecho hacia un suave banco de arenas de oro y plata. Pasaron por aldeas con torres de oro y plata y flameantes banderas y patios con jardines de flores multicolores perfumadas. Estas eran las aldeas de los espíritus de los animales: monos, machos de montes, palomas.

En el cuarto nivel vieron el origen de los ríos que son los pechos de la Gran madre. Se detuvieron ante una gran muralla y observaron la profusión de peces, cangrejos y tortugas, surgiendo del cordón umbilical de la Gran Madre, el Océano, y que serían enviados para proveer sostenimiento para los kuna. Caña Blanca explicó estas cosas a Jesús en el camino, a través de cada nivel. Entonces continuaron su camino, cada vez más profundo y profundo en el cuerpo de la Gran Madre.

Con el desarrollo del canto, las comitivas de Kunas, amigos de muchos años, pasaron en fila presentando sus últimos respetos. Llegaron durante la noche y continuaron llegando a la mañana siguiente. Vinieron de las islas vecinas de Ustupo y Ukupseni en grandes cantidades. Otros vinieron en botes de tan lejos como Narganá y a ocho horas de distancia. Cuando llegaron, Antonio interrumpió su canto y les permitió que se acercaran a Jesús y que le dieran sus últimos saludos. Mujeres y hombres se detuvieron frente al féretro y le hablaron de los tiempos que habían estado juntos, las casi tomaduras de pelo que ellos le hacían (y que a él le encantaba), los viajes a través de mares tormentosos, las acaloradas y aún amistosas discusiones acerca de puntos religiosos. Las mujeres lloraron y gimieron y lanzaron sus brazos al aire. Ellos lo imprecaron por haberlos abandonado; ellos sienten su ausencia; ahora no tienen con quien bromear, ¿cómo pudo haber sido tan insensato?



El féretro del Padre Jesús es recibido por los Caciques Kuna antes de ser enterrado en la Isla de Mirya Tuppu. Nótese sobre la lápida, a la derecha y abajo, la estola con diseño de mola utilizada por el sacerdote. **Foto: cortesía Reverendo Félix Najarro.**

Tan pronto como terminaron, Antonio continuó el viaje guiado del alma de Jesús a través del otro mundo. A media noche, el MASAR IGAR fue suspendido y la reunión se disgregó por unas horas de descanso. Se colgaron hamacas para los católicos y muchos mantuvieron vigilia acurrucados sobre las lisas tablas de la casa del Congreso.

El canto se reanudó al amanecer y continuó hasta el medio día, culminando con el arribo del alma de Jesús al octavo nivel, siendo recibido por el Gran Padre.

Cuando los líderes de la comunidad asumieron el control del funeral, informaron a los católicos que no debían preocuparse porque ellos estarían en capacidad de tomar la partida de Jesús según sus propias reglas al final del MASAR IGAR. Los padres Santiago y Félix celebraron la eucaristía y todo lo que faltaba por hacer era el viaje al cementerio. El féretro fue colocado en un largo bote y una procesión de botes salió hacia la cercana isla de Mirya Tuppu, a través de los arrecifes poco profundos, donde la gente distinguida de Tupile son enterradas. La tumba de cemento estaba lista, cubierta de una banda diseñada con las figuras de las molas de las mujeres kuna. Justo antes que el féretro fuera colocado en tierra, todos en la gran concentración pasaron en fila para darle sus últimos respetos, acercándose y diciendo, "tegui malo, Jesús (adiós, Jesús), y frases como "Pane be dakoe (te veré mañana - cuando pase por aquí camino al trabajo)... En su última morada de descanso, Jesús estaba entre su propia gente.

Algunos años atrás, cuando Jesús estaba todavía viviendo en las islas, tuve conversaciones acerca de los riesgos del trabajo misionero y le pregunté cuántos católicos y bautistas había en San Blas. Me miró escrutadoramente y de arriba abajo

por sobre sus lentes encajados en un metal de alambre, "Aquí" -dijo, "no hay bautistas ni católicos. Todos son Kunas". Entonces le pregunté cómo, con muy pocos conversos, podía él asumir la fuerza para mantener sus esfuerzos misioneros. Nuevamente él fijó su penetrante mirada sobre mí y dijo con una risa "Te diré una cosa. Si el cielo no existe, soy el hombre más estúpido de la tierra".

Varios años después que Jesús fue enterrado, hubo informes en San Blas de Shamanes y, mediante sueños, de los habitantes de las islas, que el MASAR IGAR había sido totalmente exitoso. Jesús estaba ciertamente unido con el Gran Padre en el octavo nivel del Cosmo y estaba disfrutando la vida eterna allí.

Ahora Jesús supo con absoluta certeza que con o sin conversos, el cielo existe y que no gastó su vida en vano.

SONA Y LA IGLESIA (1992)*

Hilda Saied de Abrego

La Iglesia está situada en el centro de la Plaza San Isidro constituyendo el punto central de la atención del sonaeño. Soná es un pueblo eminentemente católico y su vida gira en torno a la Iglesia, siendo muy cumplidor de sus deberes religiosos, y cooperador en las actividades.

La Iglesia fue inaugurada en el año 1828, y su construcción se debió a la gestión de los señores Manuel Higinio, Manuel María Arosemena y Don Mariano Calvino, quienes fueron los primeros en interesarse en que Soná tuviera su templo para rendir culto a Dios. Este templo, en sus albores, fue de muy sencilla construcción y contaba con una torre en forma de media luna, quizás inspirada por la influencia árabe que dominaba la cultura española, ya que éstos fueron los que trajeron la primera semilla de la fé cristiana. Posteriormente, la forma de la torre fue cambiada por la tradicional forma piramidal que luce hoy día.

El alegre repicar de las campanas era obra de Elías y Matías Arosemena, quienes las tocaban con gran vigor y entusiasmo, casi haciéndolas cantar.

Cuentan que unos gitanos que pasaron por Soná hicieron estas campanas, fundiendo innumerables prendas de oro de las damas de aquella época, que las ofrecieron para tal fin, mientras que los varones aportaban los estribos de cobre de sus sillas de montar, lo cual unido y fundido dió origen al material de nuestras campanas, que le dan ese sonido tan especial que tanto ponderamos.

---

* Tomado de: **El Soná de Mis Recuerdos.** Litografía Enán. Panamá 1992 (pp. 54-58).

Según versiones de algunos, Matías perdió su audición debido al ruido que tenían que soportar su oídos cuando, lleno de entusiasmo, las golpeaba con unas piedras en sus propias manos, poniendo el oído alrededor de ellas, para llevar el compás.

El primer sacerdote en 1828 fue el cura español Feliciano Espinosa. Después llegaron muchos curas más hasta 1936, fecha en que se encargó el famoso José Félix Guembe, también español, que murió el 8 de octubre de 1947, y se hizo muy célebre cinco años después, al ser desenterrado su cuerpo y encontrado sin huellas de descomposición.

El padre Guembe fue reemplazado por José Sergio López y luego a éste lo reemplazó Alfredo López, quien reformó el edificio de la Iglesia y construyó el Mausoleo al Padre Guembe, ya que fue él quien realizó la exhumación del cadáver y promovió su devoción.

Al padre Guembe se le atribuyeron muchos milagros y la gente acudía con frecuencia a visitarlo. Hoy día su cuerpo se conserva en un sarcófago en el mencionado mausoleo, que con las contribuciones de los feligreses se construyó, al lado del Santuario de San José de la Montaña.

Después del padre Alfredo López hubo cuatro o cinco sacerdotes más, hasta el 16 de agosto de 1980, cuando llegó el Padre Ignacio Epelde, español también, quien es el actual sacerdote, siendo el que más tiempo ha permanecido en la parroquia. Nacho, como cariñosamente se le llama, es un personaje muy dinámico, emprendedor, trabajador, popular, y muy apreciado por todos los sectores por su don de gentes, sencillez y por saber situarse al nivel de cada persona. Es el típico sacerdote que "repica, predica, confiesa, dice misa en Soná y sus alrededores, y anda en la procesión". Una de las características que le reconoció Monseñor Emiliani en una de sus visitas a Soná, es que "siempre anda sudado", indicativo de que está en constante movimiento, trabajando y apacentando a sus ovejas.

La iglesia ha sido remodelada en su Altar Mayor y en los altares laterales que aún exhiben diversas imágenes de la Virgen María, El Nazareno y San Isidro Labrador, Patrono del Lugar. Las bancas de la iglesia son sencillas y confortables. Hay 40 bancas que alojan cómodamente 5 personas cada una. Anteriormente, estas bancas tenían nombres; cada familia o persona pagaba una pequeña suma anual, para tener derecho a sentarse en su puesto fijo y así colocaba su nombre en el espaldar de la banca, para que no fuera usada por otra persona. Los fondos así obtenidos eran utilizados para mantener limpia la iglesia. Esta modalidad fue cambiada en 1955 cuando se ofreció otra alternativa para la obtención de los fondos requeridos y los nombres fueron borrados para beneficio de todos: Los angelitos (y los que no lo eran), salían huyendo al Toro Guapo y no pocos dejaban sus alas en la estampida. El Toro Guapo era un enorme armazón de madera con dos grandes y puntiagudos cuernos con sendas antorchas encendidas, que alguien le colocaba en la cabeza, y perseguía corriendo detrás de todos los que después de la procesión se encontraban en los alrededores del parque. Después venían los voladores, cuyos palos encendidos caían como flechas después de incendiarse y amenazaban desde el aire, con caerle a algunas personas sobre sus cabezas, y como si toda esta tortura fuera poco, nos perseguían los buscapiés, que como teas incendiarias, rodaban por el suelo como serpientes ondulantes buscando los pies de los asustados niños. Todo eso era fiesta y alegría, pero no dejaba de producirnos tremendo susto, que nos hacía huir despavoridos. Así terminaba esta gloriosa fiesta en medio del bullicio, el pánico, las risas y el sobresalto.

Cuando murió Don Liborio, la tradición de los fuegos artificiales de la Purísima, la tomó Don Enrique Martinelli, quien la mantuvo hasta su muerte, quedando entonces su esposa doña Victoria, a cargo de los mismos, y quien al morir dejó en su testamento, impreso su deseo de que sus hijos o sus empresas continuaran con la bella costumbre de quemar los fuegos la noche y víspera del 8 de Diciembre para rendir honores a la Purísima, la Virgen María.

La tradicional costumbre de Don Liborio, se mantiene hoy día y cada año, la Plaza se ilumina con los destellos luminosos de los fuegos artificiales y resulta inevitable que al ver esas luces, la gente recuerde a Don Liborio, a Don Enrique y a Doña Victoria, que nos legaron esa bella tradición, que nos hace revivir dulces y remotos recuerdos.

Como era la Semana Santa sonaeña

La Semana Santa sonaeña se celebraba en épocas pretéritas con gran recogimiento y devoción. El tiempo de Cuaresma era tiempo de penitencia. No se permitían los bailes ni fiestas paganas.

Recuerdo que cuando era niña se decía que era "malo" barrer, cocinar o realizar cualquier trabajo porque estaba "barriendo" o "cocinando a Dios". El Viernes Santo no se debía montar a caballo, ni nos dejaban ir al río porque nos volveríamos peces. Desde el Jueves Santo en la tarde no se comía carne y se practicaba el ayuno. En muchas casas, por no cocinar el Viernes Santo, la comida se preparaba el día anterior incluyendo sabrosos platos como dulces de yuca, de marañón, de naranja y de leche, así como también panecillos de dulce, huevitos, etc.

Todas las familias acudían a la iglesia a rezar las Estaciones de la Cruz (Vía Crucis). No se repicaban las campanas, y en su lugar se sonaban las "matracas" de madera por todas las calles, llamando a la iglesia. La gente permanecía silenciosa y recogida el día Viernes Santo.

Anteriormente se cantaba Gloria el sábado a las 10 de la mañana y por eso se llamaba "Sábado de Gloria".

En la noche la procesión del Santo Sepulcro recorría las calles en silencio, alumbraba con luz de velas, y sólo se escuchaba el doliente repicar del tambor o "caja" que tocaba Pedro Escudero, como un hondo lamento que rompía el silencio de la triste noche de Viernes Santo.

Las misas en Soná, siempre han sido amenizadas con música de órgano, tocado con habilidad por Doña Muma. En la actualidad, cuando ella se ausenta, lo hace un coro de jóvenes con guitarras.

Anteriormente, las damas usaban velos o chalinas en la cabeza dentro del templo y en las procesiones. También se usaba mucho el sombrero en la Iglesia y en la calle en grandes celebraciones. En el pasado se nos insistía mucho en que no debíamos cruzar las piernas dentro de la Iglesia, como una señal de respeto y aunque no creo que esta disposición se haya abolido, "es común ver en nuestros tiempos y en nuestros templos a damas y caballeros con las piernas cruzadas en plena misa. Debe ser porque ignoran el precepto y nadie se encarga de recordarlo.

Fiestas del Corpus Christi.

Se celebraba cada año el jueves de la Octava de la ascención con misa solemne, y en Soná este día era considerado grandioso. Alrededor de la plaza y en algunas casas de áreas aledañas, se preparaban hermosos altares para recibir al día siguiente la visita del SANTISIMO SACRAMENTO. En estas casas se detenía el sacerdote en procesión, con el cáliz portando el Cuerpo de Cristo (Corpus Christy) bajo el palio, llevado por caballeros sonaeños, y a ambos lados los sacristanes con cruz alta, tocando incesantemente la "campanilla" que anunciaba la Sagrada Presencia. Otros mozalbetes en la torre, tocaban alegremente campanas que con su repicar animaban las festividades sonaeñas.

El sacerdote se detenía en los altares, saturando el aire con incienso, mientras las damas entonaban cantos religiosos y la campanilla no dejaba de sonar, recordándonos que allí iba el "Cuerpo de Cristo". La gente se arrodillaba en el piso caliente al paso del Señor. Preciosas niñas se vestían de angelitos que se colocaban a ambos lados de los altares, con sus manitas unidas.

En aquellos tiempos la procesión iba hasta el hospital, donde el sacerdote con el Cáliz en mano, daba la bendición a los enfermos. Los altares se preparaban en casa de Josefa Arosemena, María Pardini, de Martinelli, Emma de Dutary, Victoria de Martinelli, Carmen de Rosas, Toñita Benavides, las Hermanas Sosa, y otras que escapan de mi memoria; los mismos se adornaban con hermosos manteles blancos y se decoraban con flores blancas y rojas, quedando espacio para el Santísimo Sacramento que quedaban en el centro rodeados de pequeños candelabros con velitas de colores, que titilaban esperando la importante visita...

¡Qué hermoso recuerdo nos traen estas tradiciones sonaeñas!

Esta festividad también despertaba un hondo sentimiento religioso en el sonaeño. Era el día de la Madre del Cielo y de la Madre de la tierra... En ese día los niños hacían su Primera Comunión. Eran cientos de niños, que en la misa de las 7:00 a 9:00 a.m. caminaban hacia el altar, con preciosos vestidos blancos y vaporosos, bordados y llenos de encajes, muchos de ellos confeccionados por las hábiles manos de las Hnas. Sosa. Los niños, inocentes y llenos de fervor religioso, caminaban hacia el Sagrario guiados por ángeles, a recibir el Divino Cuerpo, al son de :

"vamos niños al Sagrario
Que Jesús llorando está
Pero viendo tantos niños
Muy contento se pondrá"...

Esa noche se celebraba la procesión con los angelitos, niños de Primera Comunión y todo el pueblo. Durante y después de la procesión, lo mismo que la víspera, se quemaban los fuegos artificiales mandados a traer para tal fin, por don Liborio Abrego, quien religiosamente costeaba cada año para alegrar esta fiesta de su devoción y rendirle así honores a la Virgen María.

Después de la procesión, la gente se congregaba en el parque, a contemplar las proezas pirotécnicas; el famoso "Minuto en Korea" que estremecía la Plaza y hacía temblar a más de cuatro (yo entre ellos), el Toro Guapo, los Buscapiés, y los voladores que se deshacían en el aire, en mil luces multicolores, llenando el ambiente de luz y colorido.

La iglesia de Soná, situada en la Plaza de San Isidro, es el punto central de atención del sonaeño. Aquí la Procesión del Viernes Santo haciendo un alto en el "vía crucis". **Foto: Sonia Martinelli de Heckadon.**

CAPITULO VI

EL TAMBOR DE LA ALEGRIA: LAS FORMAS DE DIVERTIRNOS

Fiesta del Toro Guapo en el pueblo de Ocú en Herrera, 1993. **Foto: M. A. Guerra.**

BREVE HISTORIA DEL CARNAVAL (1948)*

Guillermo Andreve

Los carnavales siempre han sido celebrados en Panamá con entusiasmo, pero en su forma actual de cultura y esplendor data de 1910. Antes de este año eran patrimonio de las clases populares. Comenzaban levantando la bandera el 20 de Enero, día de San Sebastián, y organizando partidos que rememoraban bien el ataque de la antigua Panamá por los piratas, bien la conquista de México por Hernán Cortés , bien el asalto de los demonios a los pecadores, juego este llamado de los diablos, bien el levantamiento de los esclavos cimarrones.

Durante el tiempo transcurrido entre la levantada de la bandera y los días propios del Carnaval todo el que se aventuraba por ciertas calles del arrabal en donde los partidos tenían sus cuarteles era hecho prisionero y obligado a pagar su rescate en millones, según su categoría y el grosor de su bolsa, ciencuenta, veinte, diez. Pero no eran para asustar estas cifras, pues con un espíritu de exageración muy portugués, un centavo era un millón, y así el condenado a pagar cien millones, que era el máximun exigible, sólo tenía que desembolsar un modesto peso colombiano de aquellos días. El dinero de los rescates se empleaba en bailes, comilonas, géneros para disfraces, material para juego de la cinta y más que todo en aguardiente.

La gran celebración ocurría el martes de carnaval con sus juegos de agua y harina en la mañana y la exhibición de las comparsas en la tarde. Los juegos consistían en un sencillo lanzamiento de agua clara o teñida de añil. Sobre las personas, procurando tomarlas de sorpresa. Unas veces se les lanzaban encima un jarro, otras veces cantidades mayores.

---

* Tomado de: **Revista Epocas** No. 28, Panamá, Febrero 1948.

Algunos mojados se enfurecían y echaban pestes; otros se resignaban y seguían su camino, pero muchos respondían al ataque y se formaban grandes combates en que los contenedores quedaban chorreando agua y empapados de los pies a la cabeza. Lo mismo ocurría con la harina, y si bien ello daba lugar a escenas jocosas era también corriente que originara grescas y la broma terminara a menudo en una lluvia de mojicones y de palos.

Había también la costumbre de los huevos de pascua, llenos de agua perfumada y que los galancetes tiraban a las damitas procurando no herirlas con ellos.

Por las noches se formaban las tunas. De los bailes se desprendían, de media noche para el día, comparsas de mujeres vestidas con la clásica pollera y hombres con vestidos, que al son de palmadas, o de sonsonetes ocasionados con piedras, o palos, cantaban ciertos aires de ocasión y recorrían así largos trechos de la ciudad. Casi siempre portaban velas encendidas y llevaban alimentando con alcohol el entusiasmo.

Con la formación de la República y el progreso del país las cosas cambiaron. Oigamos lo que dice el escritor señor Guillermo Colunje sobre la organización de los carnavales en su forma actual. "Fue en el año citado de 1910, gracias a iniciativa patriótica del "Diario de Panamá" que por entonces estaba en pleno auge y gozaba de las simpatías de todo el público y a gestiones anteriores de don Guillermo Andreve, don Juan Antonio Henríquez y otros ciudadanos, cuando se resolvió prohibir las mascaradas en los días patrios y, en cambio, organizarlas para la época de Cuasimodo.

El mismo diario proclamó reina de las fiestas a Manuelita Vallarino. El entusiasmo que se despertó en esta capital fue mayúsculo. Todos los gremios, todos los círculos, todas las colonias extranjeras, principalmente la española y la italiana, se entregaron con frustración al vasallaje de la preciosa doncella, rindiendo cumplido tributo a Momo. Aquellos

fueron unos carnavales regios, magníficos. Calles, balcones, plazas estaban decorados con arte y gusto, y el desfile de carrozas, alegóricas, de comparsas y mascaradas que se efectuó el martes a las cuatro de la tarde por la Avenida Central, fue un desborde dé alegría, de cultura y buen gusto que resistía ventajosamente la comparación con fiestas análogas de Europa que tienen fama proverbial".

De 1910 para acá, nuestros carnavales han ido ganando en esplendor, hasta el punto de que, proporciones guardadas por razones de población, riqueza y esfera comercial, pueden figurar al lado de los universalmente alabados de Nueva Orleans y Niza. Hay entre las fiestas con que se celebran nuestro carnavales tres que son las más animadas y típicas: la coronación de la Reina el sábado de carnaval en la noche, el desfile de carros alegóricos el martes de carnaval en la tarde y los bailes populares llamados toldos en las noches del sábado y martes. Estas tres noches de alegría popular, de gusto nacional, del espíritu momesto que anima durante los días de carnaval al pueblo panameño desde el más encumbrado personaje hasta el más humilde hijo de la gleba, merecen verse siquiera una vez y si ello es posible muchas veces en años sucesivos. La ciudad muda de fisonomía en ellas como en un cuento de hadas; la alegría se contagia, todos los que toman parte en las fiestas, como actores principales o como secundarios, sufren un cambio momentáneo y luego guardan por toda su vida los recuerdos más felices.

"El carnaval es la fiesta más grande. Por cuatro días la ciudad suspende el ritmo de trabajo para entregarse a la alegría. El criollo panameño, producto de varias razas, pero entre las que da su nota más intensa la gracia de África y la alegría andaluza". Carnaval 1972. **Foto: Stanley Heckadon Moreno.**

EL ALMA ALEGRE DE PANAMA (1924)*

Carlos Enrique Paz Soldan

El carnaval es una fiesta nacional en Panamá. La ciudad, durante cuatro días, bajo el gobierno de la reina elegida por el pueblo, suspende el ritmo del trabajo para entregarse sin reservas a las expansiones de una franca alegría. Diríase una tregua general concedida a las preocupaciones públicas y privadas. Diríase un paréntesis abierto en la monotonía cotidiana para colocar en él el alma toda de esta tierra romántica, original y ardiente.

Muchos carnavales he visto en mi vida. Desde las aristocráticas fiestas italianas, tal el carnaval de Venecia lleno del encanto de esa embrujada ciudad silenciosa y el carnaval de Milán, señorial y diáfano, hasta los carnavales de Río de Janeiro y Budapest, vocingleros y tumultosos. He asistido a las opulentas festividades de Momo en el cosmopolita y brillante Carnaval de Niza, la esmeralda de la Riviera en perpetua rivalidad con el incomparable zafiro de su cielo; y sin embargo de tantas sensaciones cromáticas e inolvidables, debo decir que el Carnaval de Panamá, idéntico a los otros en la liberación que permite del alma de la ciudad, es totalmente distinto por los violentos colores antagónicos que le prestan el Trópico y la lánguida sensual alma criolla.

En esta cita de las razas humanas que es el Carnaval panameño, reside tal vez su atractivo más intenso y su sello de exotismo y de originalidad. Las calles en la ciudad en estos días parecen reflejar el propio tráfico del Istmo. Por ellas se ven desfilar el americano del norte sediento de color local y de liberación de férreas pragmáticas policiales; el criollo panameño, producto de varias razas, pero entre las que da su

---

*Tomado de: **El Prodigio Sanitario de Panamá** Biblioteca de "La Reforma Médica: Lima MCMXXIV.

nota más intensa la gracia del Africa y la alegría andaluza; el chino de ojos oblicuos y vivos y en actitud de acecho; e hindú impenetrable y de mirada febril; el aventurero de todas las razas y absolutamente ambiguo en sus características propias; y, por fin, en el fondo del cuadro, el negro *negro* y el negro de todos los matices y dando al conjunto una luz y refulgencia propias de esta tierra, el Sol pródigo del Trópico.

Se trata de un muestrario étnico que brinda al espectador motivos para grandes reflexiones. Por momento me dominaba, como una obsesión la idea de que estas calles así pobladas y alegres, tenían la providencial misión de realizar el amalgamiento de las razas, pese a sus diferencias y a la crecida cantidad de judíos que formaban, dentro de este hervidero, como un obstáculo natural e invencible...

Pero lo que a este Carnaval su característica local, en medio de la cosmopolita muchedumbre que asiste a sus ritos, es la danza popular de Panamá: la danza del *Tamborito*, danza de sensualismo y de languidez, danza primitiva y monótona, danza que exhala gracia y deseo, danza que se pega al oído y al corazón y por cuyos pausados giros corren, como un vértigo, las llamaradas pasionales del Trópico.

Si hay algo que marca con sello original a cada pueblo, es sin duda alguna la danza. El ruso al danzar sus danzas con ritmos que dejan de serlo en fuerza de ser veloces, y el andaluz que llora al danzar sus morunos aires, realizan dos tipos totalmente divergentes de alma y de raza. La sensual maxixa brasileña y el tango señorial y triste de la Argentina caracterizan dos pueblos diferentes. El *tamborito* es danza propia de Panamá. En su monorrítmica canción y en la repetición incesante del mismo tema melódico y en los gestos iguales que caracterizan, es en donde mejor se define su primitivismo y peculiaridad. Al oírla una y cinco veces acaban el alma y el cuerpo por sentirse arrastrados al *"Tambor de la Alegría"*. No sé si su enigmático tambor encerrará en su simbolismos la alegría que permite, pero

algún misterio hay que nos invita hasta él, como una tierra de promisión.

¡Oh mágica danza ingenua, cómo he sentido ante tí toda la magia del Trópico, toda la alegría de la tierra istmeña, toda la gracia dominadora del Africa ¡Canta Panamá tu danza popular, repítela siempre renovándola en compás de tus anhelos, que en ella reside una sólida garantía tu alma y, por consiguiente, de tu destino nacional!.

Marea seca, la agitada vida de la Bahía de Panamá frente al mercado pùblico con las embarcaciones que traían productos de los caseríos de la costa pacífica. A la izquierda uno de los muelles "con sus cien patas" que describió el poeta nicaragüense Rubén Darío. **Foto: circa 1890, cortesía de la Comisión del Canal de Panamá.**

CROQUIS DE PANAMA (1883)*

Ruben Darío

Una vaga tristeza flota en la costa extensa y solitaria cuando baja la marea. El agua de la bahía panameña se retira a largo trecho. Los muelles aparecen alzados sobre sus cien flacas piernas de madera. La playa está cubierta de un lodo betuminoso y salino, donde resaltan piedras deslavadas y aglomeradas conchas de ostras. Las embarcaciones, quietas, echadas sobre un costado, ó con las quillas hundidas en el fango, parece que aguardan en la creciente que ha de sacarles de la parálisis. A lo lejos, un cayuco negro semeja un largo y raro carapacho; sobre una gran canoa está recogida y apretada entre cuerdas, la gavia. Agrupadas, como una quieta banda de cetáceos, rojos y oscuros, dormitan los grandes lanchones. Un marinero ronca en chalupa. Las balandras ágiles aguardan la hora del viento. Los boteros chumecas arreglan sus botes y sus pangas chatas.A la orilla del mar, los pantalones arremangados sobre la rodilla, apoyado en un remo, un chileno robusto canta entre dientes una zamacueca. Empieza a oirse el apagado y suave rumor del agua que viene. Suena el aire de la sordina. La primera barca que ha recibido la caricia de la ola, cabecea, se despierta, vuelve a agitarse, curada de la nostalgia del movimiento. De allá, de donde vienen los chinos pescadores, sale, al viento la vela radiada, un junco ligero. Cual si se viniese desenrrollando una enorme tela gris, avanza la marea, trayendo a la playa su ruido de espumas y sus convulsivas agitaciones. El vagido del mar aumenta, y se oye semejante al paso de un río en la floresta. Es un vagido continuado, en un tono opaco, tan solamente cambiado por el desgarramiento sedoso y cristalino y de la ola que se deshace.

---

* Tomado de: Ruben Darío. "Impresiones y Sensaciones-Croquis de Panamá". **El Cronista**, Panamá, abril 18 de 1883.

Canta en voz baja, pon tu órgano a la sordina, ¡ oh buen viento de la tarde! canta para el marino que partirá para un largo viaje, cuando alegre el agua azul la armoniosa visión de un blanco vuelo de goletas. Canta para el pescador que tenderá la red; canta para remero negro, risueño y de grandes gestos elásticos; canta para el chino que va a pescar todavía con la divina modorra de su poderoso y sutil opio. ¡Y canta, mientras la marea sube, para los viajeros, para los errantes, para los pensativos, para los que van, sin rumbo fijo, tendidas las velas, por el mar de la vida, tan áspero, tan profundo, tan amargo, como el inmenso y misterioso océano.!

LOS BALCONES DE PANAMA (1932)*

Ricardo A. Latcham

Una gran parte del encanto de Panamá gravita en sus balcones, verdaderos miradores suspendidos sobre el panorama. Las razas que poblaron esta comarca han dejado su acento en diversos estilos y arquitecturas indicadoras de huellas exóticas y remotos influjos que pasaron por el istmo en los días de oro de California, en los comienzos de la empresa del canal y también a través del aluvión foráneo de los nuevos tiempos. Desde el hotel en que escribimos se abre la pausa fresca de una plaza a la que se asoman las azoteas, terrazas y ventanales, desde los cuales acechan bellas mujeres y se insinúan escenas familiares con poco esfuerzo. Toda la capital vierte su existencia secreta por estos miradores, con vestigios orientales, evocadores de la China, de la India y las Filipinas. Otros semejan viñetas de Córdoba, con resabios árabes, sobre todo si se tiene en cuenta el laboreado encaje de ciertas residencias, que nos traen a la mente imágenes de los países musulmanes.

La existencia panameña se moviliza en torno a las ventanas, acechadores de lo que pasa, ojos misteriosos que ven sin ser vistos, miradores sin objeto preciso, pero no por ello menos eficaces. Una red inextricable de balcones saledizos sirven de pretexto para el palique arrastrado de ese de las gentes y de tibio refugio en las duras horas estivales que pasamos entre un calor de más de cuarenta grados y bajo una opresión sin tregua.

La mayoría de las moradas tienen acceso a la calle, y puede afirmarse que una importantísima porción del tiempo transcurre aquí en el coloquio entre los vecinos y en la morosa contemplación de lo que pasa.

---

* Tomado de: **Revista Epocas** No. 39, Febrero Panamá, 1948.

Las hamacas y las camas sacan también su intimidad hacia afuera, pero pocos ven desde el exterior lo que allí pasa. Al revés, las gentes acechan y comentan los sucesos cargados de contenido político de estos días y otros acontecimientos domésticos de menor relieve. El panameño lo hace a uno entrar en confianza muy pronto, con la misma naturalidad con que el clima lo obliga a despojarse luego del vestón y andar en mangas de camisa o en *guayabera*, que así llaman los trajes livianos, apropiados para la elevada temperatura del istmo.

Sin embargo, no hay que equivocarse con el panameño: no es indolente ni perezoso, como algunos pudieran creerlo. Es un pueblo dinámico, hablador, que si suele incurrir en el *relajo*, ha demostrado también recientemente su madurez cívica y su sentido democrático. La piel de esta ciudad es algo tibio, como una fruta tropical, y se adhiere a los sentidos con fuerza. La atmósfera de Panamá no deprime ni fatiga, a pesar del clima. Pronto, en las tardes, sopla una brisa desde el mar que hace reaccionar el ánimo y lo estimula a trasnochar en los bellísimos merenderos o en las quintas de recreo de los alrededores.

La fisonomía de la capital es airosa y tiene un barrio negro, llamado Calidonia, que nos recuerda Kingston o Curazao por su astrosa multitud de color. No son sus moradores gentes peligrosas, y hemos cruzado sus estrechas callejuelas a altas horas de la noche sin encontrar borrachos agresivos ni delincuentes.

Pasada la guerra, que trajo sobre Panamá un aluvión foráneo de soldados y gentes del bronce, ha vuelto la tranquilidad más absoluta a dominar en sus costumbres, sin que abunden los robos ni la criminalidad.

Las tabernas son de las, más pintorescas y llamativas del globo. Constituyen el paraíso de los bebedores y un refugio magnífico en estos días, por que muchas tienen aire acondicionado. Hemos recorrido varias y, a través de ellas, repasa-

do la antología de los bebedizos de las Antillas, de los cocktails americanos, de los mixtos regionales y de los inventos más sutiles de los barmans. Nos ha llamado la atención el Ancón Inn o Taberna Ancón, que comparte con el Tívoli la especialidad del Planter's Punch o ponche de los plantadores, cuyas fe de bautismo se hizo en Jamaica, en la tierra del ron. Es un trago delicado y sutil, compuesto con piñas y naranjas, con cerezas americanas, hielo y ron, que resume los agrados tropicales con algo de malicia alcohólica.

El Rum Mixed, el Rose Cocktail, el Singapore, el Manhatthan Cocktail, el Daiquiri Cocktail y otras mezclas sirven también para refrescar y encender en un suelo florecido de tabernas que frecuentan los vecinos yanquis de Canal Zone.

Algunos letreros curiosos dan la medida del ambiente. Por ejemplo, el siguiente: We Do Not Accept Personal Checks. O este otro en la Cantina Pete: "Cada quince minutos Cantina Pete regala a sus clientes un trago de acuerdo con el número ganador en la ruleta de 3 a 11 P.M.".

El Bar Oval tiene este llamado cordial a su mejores parroquianos: Soldiers Welcome-Sailors.

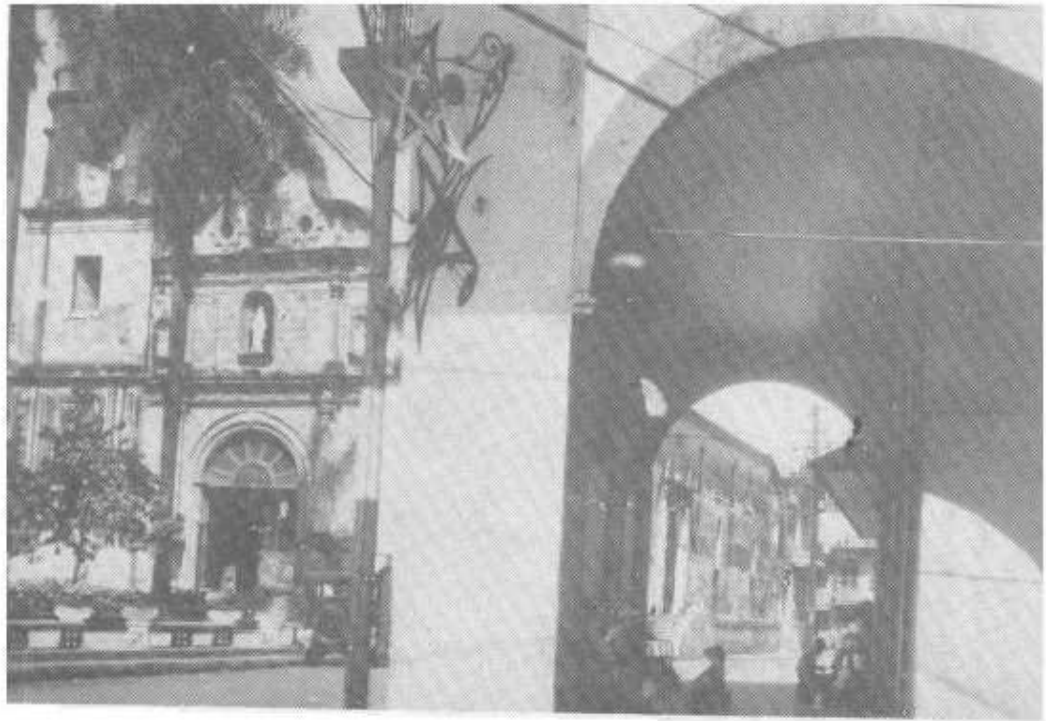
A pesar de todo lo advertido no hemos visto un número excepcional de borrachos en Panamá. Quizá si la eliminación de lo ingerido sea excepcional en este medio en donde hay que cambiar camisa y guayabera dos a tres veces cada veinticuatro horas.

Los panameños hablan mucho de política y todos confían en su suerte, comprando cada cierto tiempo boletos de lotería. Las calles están invadidas de vendedores de estos pequeños papeles que pueden transformar el curso del destino en modestos empleados de la Zona del Canal o de burócratas sin horizonte. También nos ha llamado la atención que aquí existen varias tiendas especializadas en libros de ocultismo y la magia. La población negra es muy supersticiosa y es frecuente percibir amuletos y talismanes

"Gran parte del encanto de Panamá gravita en sus balcones, miradores suspendidos sobre el panorama, con vestigios orientales, evocadores de la China, de la India y Las Filipinas. Otros semejan viñetas de Córdoba con resabios árabes". (c. 1904). **Foto: cortesía Comisión del Canal de Panamá.**

colgando al cuello de los jamaiquinos que trabajan en la región y hablan en inglés muy difícil de entender por su encrespado acento.

Poco a poco nos familiarizamos con el mundo de color que nos rodea y nos adaptamos a la marea de sensaciones picantes que depara el cosmopolitismo panameño. Pero lo mejor de la ciudad es lo que se entrevé por sus balcones, esa nota misteriosa y sólida que acecha en las azoteas y miradores, en los balcones amplios y en las terrazas elevadas y magníficas. Allí hay una pululación de vida exuberante que se presiente desde afuera mientras en la alta noche un ruidoso tamborito o una maraca exasperada saca a flote los instintos obscuros de los negros. Los balcones de Panamá recatan sus escenas de amor y descubren un poco la intimidad de una tierra amasada con razas y sangres divergentes.



La catedral del popular barrio de Santa Ana en 1912. **Foto: anónima.**